

LA TRISTE NUEVA

En la muerte de D. Francisco
Hernández Sanz

La esperaba y la temía.

La esperaba porque el quebranto de la salud del buen amigo era tan grande y su persistencia tan larga, que no daba ocasión al menor optimismo.

La temía porque perder para siempre a un amigo es algo que desgarrar el alma y la pone en camino de la soledad espiritual.

Llegó la triste nueva; me la comunicaron los hijos del finado, la leí en el Diario local... Y del mundo de las realidades en que se habían deslizado mis relaciones con el que se fué, pasé al mundo de los recuerdos, a la evocación de aquellos motivos que engendraron los afectos y harán inextinguible para mi la memoria de quien en vida dió perdurable relieve al nombre de Francisco Hernández Sanz.

Era, sobre todo, un buen mahonés. Para merecer este calificativo es poca cosa el haber nacido en Mahón. En muchas ocasiones el lugar de nacimiento es puramente circunstancial y no engendra el menor estímulo de afección a la patria chica. Ya es algo sentir como late en las venas la sangre del país natal o de aquel en que arraigaron sus mayores y en tal sentido Hernández Sanz acumulaba a su lugar de nacimiento la razón de abolengo. Es mucho haber creado una familia en el mismo solar y haber sido padre excelente de unos hijos criados en el ambiente local. Pero es más, es casi tanto, que se haya pasado una vida pensando en mahonés, laborando para la exaltación de la tierra querida, legándole el fruto de un trabajo dedicado plenamente a la *roqueta* ofreciéndola con él la utilidad de una obra persistente y valiosa... Y por si ello no bastara, todavía llegó Hernández Sanz hasta el sacrificio de un porvenir abierto y provechoso en la Península para vivir siempre al calor de hogar que le brindaban las piedras seculares y las viejas tradiciones de la tierra que le vió nacer.

Y en Menorca desarrolló su actividad con toda brillantez; fué historiógrafo laureado, investigador diligentísimo y experto de los restos ciclópeos que salpican la isla de reminiscencias históricas; fué organizador de archivos de alto interés histórico y cooperó con acción directa e intensa en las obras culturales de la comarca. Ciertamente no gozó de las bienandanzas que en la Península se le anunciaban, pero su nombre quedó aureolado, por la difusión que alcanzó su obra, con un sólido prestigio reconocido por la crítica y por autoridades y centros académicos nacionales y del extranjero.

Su pluma se deslizaba fácilmente sobre el papel y dejaba con impecable estilo el resultado de sus estudios e investigaciones. Muchas veces descansaba de esta labor cambiando de pluma y de tinta o cogiendo los pinceles. Y entonces, la labor del artista quedaba impresa en la cartulina, en el per-

gamino o en el lienzo. En el dibujo era maestro que podía figurar en primera línea

A veces la alternativa de las actividades literaria y artística se reflejaba en sus obras. Tipo bien marcado de esta que pudiéramos llamar auto-colaboración, es su «Compendio de Geografía e Historia de Menorca» ilustrado por la propia mano que redactó el texto.

En todas sus actividades el amor a la tierra natal era el supremo aliento y por ese amor reanudó y dirigió la «Revista de Menorca» y ocupó entre los fundadores del Ateneo un lugar principalísimo.

* * *

Conocí a Hernández Sanz en el Ateneo; él pertenecía a la Directiva cuando fuí elegido Archivero del Centro en 1916. Pero nuestras relaciones se hicieron más estrechas al nombrarme la Real Academia de la Historia Correspondiente en Mahón. Hernández Sanz me precedía también en igual honor con antelación de varios años. Eramos entonces los dos únicos Correspondientes en Mahón. Y cuando en 1918 se supo que en «Biniayet» iba demoliéndose la estación megalítica que tan paciente e inteligentemente habían logrado excavar el ilustre académico don Antonio Vives y nuestro llorado amigo, éste que siempre fué un buen compañero se entrevistó conmigo y ambos visitamos el maltratado paraje y ambos elevamos nuestro informe a la Real Academia. De aquella actuación conjunta nació una franca amistad entre ambos y, para Menorca, la creación de la Subcomisión de Monumentos acordada por las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes como consecuencia de aquel informe. Pero antes de que el nuevo organismo funcionara, aún hubimos de realizar otros trabajos de carácter estadístico a requerimiento de la

primera de dichas Academias, lo que hizo más asídua nuestra comunicación. Por eso en la memoria de nuestra amistad es una fecha señalada la del 1918.

Otra fecha saliente fué la de 1931 en que el Ateneo trasladó su residencia al local que ocupa actualmente. Juntos pasamos una temporada dedicados durante las tardes a la tarea de instalar en el nuevo albergue social los fondos que se transportaban desde el antiguo. Y en la grata labor que se prolongaba por la minuciosidad y el cuidado puesto en su realización, imperó siempre el sentido artístico de quien era Presidente de la Sección de Artes Plásticas del Centro Cultural. Juntos ordenamos los materiales, juntos visitamos establecimientos locales para adquirir efectos imprescindibles de carácter auxiliar y juntos dirigimos la colocación de cuadros y muebles. Y aunque otros compañeros de Directiva coadyuvaron a la labor especialmente en aquello que era propio de su técnica o de sus aficiones, en la mayor parte de la instalación intervino Hernández Sanz, dejando impresa la huella de su gusto y de su arte depurado.

Entre tales fechas y después de la última nos unió la colaboración en la «Revista de Menorca», la coincidencia en la Junta del Ateneo y en la Subcomisión de Monumentos. Nunca el finado se resistió a complacerme cuando recabé su cooperación a la labor ateneísta, ni me negó jamás cualquier información que de él solicitara para mis trabajos de carácter histórico, antes bien, me los ofreció espontáneamente en varias ocasiones.

En los últimos años, agudizada su crónica enfermedad, se hubo de recluir en su domicilio. En mis viajes veraniegos, hacía siempre al enfermo varias visitas. En la primera de cada año me recibía llorando; las lágrimas brotaban también de mis ojos cuando me despedía para regresar a la Ciudad Condal. Siempre temía que no nos volviéramos a ver... Pasábamos ratos dedicados al recuerdo de otros tiempos; se

animaba con ellos el paciente y en ocasiones olvidaba su mal, distraído por la conversación. No más de dos años ha me dijo un día: «Dios me ha conservado el pulso firme y la vista clara». Y en efecto, se entretenía dibujando con una precisión y una suavidad propia de años juveniles. Y si tocábamos temas históricos insulares le gustaba acudir a su biblioteca y extraer de ella alguna carpeta donde guardaba con un orden ejemplar todos los datos recogidos sobre el tema en cuestión y los repasaba a mi vista, con verdadero deleite.

Menos expeditivo en los dos últimos veranos, no dejó sin embargo, de entablar diálogo sobre puntos de interés local. En Septiembre del 48 le visité una tarde acompañado de los directivos de los Museos de Mahón y de Ibiza. Este último se hallaba temporalmente en la ciudad menorquina y tenía grandes deseos de conocer personalmente al venerable historiógrafo. El visitado nos acogió con incontenible emoción y agradeció mucho la delicadeza ofreciéndose incondicionalmente a los visitantes.

En la última de nuestras entrevistas, tenía sobre su mesa una fotografía. Me la mostró como un recuerdo de la primera década de este siglo. Aparecían en ella varios amigos presidiados por el General Galbis, Gobernador militar de la Isla en aquella sazón. Entre sus acompañantes se hallaban D. Antonio Victory, don Pedro Ballester y don Francisco Hernández Sanz. Menos el último, habían dejado de existir todos los fotografiados. Eran representantes de una generación que dejó huella indeleble en los anales de la ciudad. De aquellos amigos del General surgió la idea del Ateneo de Mahón que tuvo feliz realidad poco después. El único superviviente de los retratados pensaba que un día había de seguir como éstos el fúnebre camino por última vez. No creí al oírle que el triste augurio se realizara tan pronto.

La muerte ha arrebatado el maestro a la compañía de sus hijos y a la comunicación con amigos, admiradores y discípulos. Muchos le habrán rendido el testimonio postrero de su cariño acompañándole al lugar del eterno reposo.

Sobrevivirá en sus obras y será ensalzado con justos honores a su memoria. En el salón de actos del Ayuntamiento de Mahón esperan un lugar de homenaje algunos ilustres mahoneses. Hernández Sanz es uno de ellos.

Ya que no pude figurar en la comitiva que fué en pos de su cuerpo inanimado, sean estas líneas a modo de siempre-vivas depositadas sobre el perenne recuerdo del buen amigo.

JOSÉ COTRINA

Barcelona, 12-III-49.